

San Cipriano supo en su retiro tan extraño proceder, y conociendo desde luego los desórdenes que indispensablemente habia de ocasionar, procuró al punto poner remedio á tan grave mal. Al efecto escribió á los confesores, á su clero y á su pueblo, pidiéndoles á todos eficazmente que no otorgasen la paz ó la comunión, sin considerar á lo menos la diferencia de las caídas y el tiempo que por ellas se hizo penitencia. Y juzgando este negocio de suma importancia, y mayor de lo que parece á los que ya no tienen idea de la disciplina antigua, quiere que se espere hasta su vuelta para examinar por sí mismo todos los casos particulares en una junta de obispos y en presencia de los confesores. Mas viendo despues que aún no le era posible presentarse en Cartago, usó de cierta condescendencia y ordenó que los sacerdotes pudiesen reconciliar á los enfermos que se hallasen en peligro de muerte.

No dejó de ser censurado el celo del Pastor, y de enviarse una infiel relacion al clero de Roma, por hallarse todavia vacante la Santa Sede desde el martirio del Papa San Fabian. El primado de Africa no se desdeñó de justificarse, ó mas bien pidió una regla segura para conducirse en estas circunstancias: pues como no habia hecho jamás cosa alguna sin el consejo de su propio clero, costaba poco á su humildad ponerse de acuerdo con la primera de todas las iglesias. Por otra parte, Luciano seguia en su obstinacion contraviniendo á los reglamentos del primado; el cual, viendo que no era bastante su autoridad, creyó que lograria calmar mas felizmente los disturbios de su iglesia, mostrando la conformidad de sus principios con los de la Silla Apostólica.

Nada halló Roma que no fuese digno de loa en la conducta de Cipriano, luego que se hubo informado bien de este nego-

cio; y elogiando su sábia severidad, contestó que usar de la dulzura de que él se quejaba, no seria sanar, sino matar al enfermo, privándole, despues de la herida del pecado, del remedio indispensable de la penitencia; que nadie estaba tan obligado á mantener el santo rigor del Evangelio, como los mártires que por su defensa se esponian á los tormentos; y que era una especie de apostasia el deshonor la moral del Verbo hecho hombre, aunque se confesase su fé: que los penitentes debian suplicar con un ardor modesto, con un respetuoso y dócil deseo, y con una constante humildad: que podian llamar á las puertas de la Iglesia, mas no romperlas; presentarse en el vestibulo, pero sin osar temerariamente pasar adelante; velar á la entrada del campamento, mas sin olvidarse de su desercion, y dispuestos á pasar por todas las pruebas capaces de reparar el escándalo. Esta Epistola, acordada con algunos obispos llamados de las inmediateciones, y con los de las provincias distantes que se refugiaron en Roma por causa de la persecucion, terminaba disponiendo provisionalmente que se siguiese la antigua disciplina en los casos ordinarios, mientras se obtenia la paz de la Iglesia y la eleccion de un Soberano Pontífice, para examinar á fondo este negocio; pero que en peligro de muerte no se olvidase que, como ya lo habia dado á entender la Iglesia Romana, era una obligacion otorgar la reconciliacion á los penitentes y el bautismo á los catecúmenos, como tambien asistir á los que eran perseguidos por ser cristianos. Fué esta Epistola un decreto de reglamento, no solamente para Cartago, sino tambien para todas las demas iglesias, á las cuales se envió inmediatamente. Fué redactada por el sacerdote Novaciano, y da á conocer los talentos de que presto le veremos abusar para formar un cisma. Los demas sacerdotes de la Iglesia Romana

la habian corroborado con sus firmas.

Mas ni aun despues de este decreto cedieron los cristianos caidos; antes bien, pretendieron que se les debia en rigor la paz por la concesion de los mártires, y que no se les podia disputar sin notoria injusticia. Imbuidos de tales ideas escribieron á San Cipriano, tomando el nombre de la Iglesia, que osadamente suponian estaba de su parte. El Santo les respondió: que Dios habia edificado su Iglesia sobre el cimiento del episcopado, diciendo á su cabeza: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*; cuyas palabras, aunque establezcan principalmente la primacia de Pedro y de su Silla, eran concernientes tambien á los demas obispos, por razon de la unidad del episcopado: que la Iglesia Católica es una, y que los obispos juntos forman solidariamente el vinculo de su union: que no permita Dios se dé el nombre de Iglesia á un tropel de refractarios: que si algunos indóciles hacen partido á parte, no por eso el cuerpo de la Iglesia se separa de su adorable Cabeza Jesucristo; y que el rebaño fiel, el redil legítimo y verdadero lo formar aquellos que permanecen unidos al obispo. Esto es lo que decia aquel ilustre doctor en unas circunstancias en que parecia tan útil el temporizar, pero el Santo no concebía hubiera peor cosa que causar el mas leve detrimento, bien sea á la pureza de la fé, bien á la observancia de la disciplina. Tal era el espíritu de la Iglesia en una de las mas crueles persecuciones. Luego que esta pasó, arregló Cipriano en un concilio, como se habia propuesto, los casos particulares que presentaban alguna dificultad, y tomó eficaces medidas para la puntual egecucion de todos los reglamentos que se formaron.

Antoniano, obispo de Numidia, hallábase vacilante sobre el modo de conducirse con los que habiéndose reconciliado estando

en peligro de muerte, sanasen despues; y Cipriano, tan prudente como celoso, le respondió que no por esto se les debia dejar de socorrer en el peligro, como se habia resuelto. Y añadía: «mas despues que les hemos dado de este modo la paz, no podemos obligarles á morir en efecto, aun cuando hayan sido recibidos como moribundos;» é inspirado luego de aquel espíritu de dulzura y caridad de que estaba penetrado, prosigue: «Es necesario recibir los pecadores á penitencia, no sea que se precipiten en la desesperacion, y no temais que por esta condescendencia se disminuya el número de los mártires. ¿Por ventura, no hay vírgenes, sin embargo que se conceden la penitencia á los adúlteros?»

Mas apenas habia vencido San Cipriano esta dificultad, cuando se le ocurrió otra nueva. Habia mucho tiempo que Felicísimo se empeñaba en causar á su obispo todos los disgustos que podia, y con esta mira habia puesto en obra lo que su espíritu artificioso le dictaba con el fin de embrollar mas y mas el asunto de los libeláticos. Viendo que tomaba un aspecto enteramente contrario á sus esperanzas, formó abiertamente un cisma, levantó altar contra altar, é hizo una iglesia y un rebaño aparte, que reunió en una montaña fuera de la ciudad, desde donde echó excomuniones contra todos los que no eran sus secuaces. Viose precisado el Santo obispo á valerse de las mismas armas, con el intento de evitar mayor desercion. Mas tan vanos é impotentes como eran los anatemas fulminados desde la montaña, otro tanto mas eficaces eran los de la cátedra legítima; y además Felicísimo ni siquiera tenia la engañosa ventaja, bastante comun en los gefes de partido, de ser ó parecer irreprochable en sus costumbres, porque se le habia convencido de fraudes manifiestos, asi como de haberse apropiado una cantidad de dinero

que tenia en depósito, y de haber corrompido algunas vírgenes; y cristianos dignos de toda fé le acusaban hasta de adulterio, y estaban prontos á dar las pruebas de su acusacion.

El sacerdote Novato, que habia sido el primero que causó el mal, separando de su prelado á Felicísimo y haciéndole ordenar clandestinamente de diácono, era todavía peor que este desgraciado; pues á los vicios del espíritu reunia la avaricia y las violencias mas execrables. Acusábasele de haber despojado á los huérfanos, á las viudas y hasta á las mismas iglesias, y de haber dejado perecer de hambre á su propio padre, sin dar siquiera disposicion alguna para enterrarle. Nadie ignoraba (pues tanta sensacion habia causado este primer escándalo) que siendo casado habia maltratado tan ferozmente á su esposa en un embarazo, que la criatura habia perecido en el seno de su madre. En una palabra, de todas partes se levantaba contra él un grito general: los fieles pedian unánimemente un castigo ejemplar por crímenes tan inauditos en un sacerdote, é iba á ser depuesto ó quizás escomulgado, cuando los disturbios de la persecucion le dieron treguas, y él se anticipó á su condenacion, que solo se habia diferido, separándose é incitando á los demas á separarse del legítimo pastor. No contento este sobornador é intrigante con haber turbado la paz de la Iglesia en Africa, partió despues para Roma, en donde no tardó en adquirir relaciones y amistades; pues como no tenia mas objeto que hacerse estimar, todos los medios le eran indiferentes. En Cartago habia sostenido á la faccion de Felicísimo, que concedia la comunión á los apóstatas sin obligarlos á nin-

guna penitencia, y en Roma apoyaba á Novaciano, que los desechara á todos con una dureza capaz de desesperarlos. Este fué el origen del primer cisma que alzó osadamente la cabeza contra la unidad de la Iglesia Romana.

Mas antes de hablar de esta escandalosa division, no olvidemos que durante el siglo III estaban los judíos dispersos por toda la redondez de la tierra, y así los cristianos hallaron por do quiera terribles contradicciones é implacables enemigos. Los reinados de Severo y de Caracalla fueron favorables á la nacion Judáica, la cual consiguió entonces varios privilegios. Helio-gábalo, Alejandro y otros muchos emperadores toleraron á los judíos, estos se multiplicaron, y la tranquilidad de que habian gozado les permitió establecer algunas escuelas y cultivar las ciencias: la mas famosa de estas escuelas fué la de Tiburias, y tambien en Babilonia tuvieron algunos célebres doctores. Mas por otra parte el cristianismo no estaba limitado al Imperio romano, porque muchos cristianos celosos lo esparcieron por las naciones bárbaras, con las que el Imperio romano habia abierto su comercio; y algunas veces los ejércitos enemigos apresaron varios esclavos, entre los que se encontraron muchos cristianos, que á pesar del enjambre de novadores que infestaban la Iglesia, llevaron á lo interior de aquellos pueblos el ejemplo de las virtudes mas sublimes y la brillante luz del Evangelio (a).

(a) Henrion ha suprimido todo este último párrafo de Berault-Bercastel; pero no nos ha parecido conveniente suprimirlo. (N. del E.)

LIBRO QUINTO.

Desde el principio del cisma de los Novacianos en el año 251, hasta el imperio de Diocleciano en el de 281.

El clero de la Iglesia Romana, privado de Pontifice desde el año 250, se componia de cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos entre exorcistas, lectores y ostiarios ó porteros. Con el intento de minorar el fuego de la persecucion se tardó cerca de año y medio en proveer la primera dignidad de la Iglesia. Mas no obstante esta multitud de subalternos, todos ó casi todos de conocido verdadero mérito, se observó sin embargo que el inconveniente mayor y el mayor peligro consistia en estar por mas tiempo sin una cabeza que gobernase. Por tanto, se deliberó pasar á la eleccion; y en el dia 4 de junio del año 251 el pueblo y el clero con diez y seis obispos que se hallaban en Roma, dos de ellos africanos, eligieron á Cornelio, que fué consagrado al momento. La virtud y la ciencia fueron los únicos escalones por donde ascendió á aquel eminente lugar; y aun practicó las mayores diligencias para no ocuparlo, creyéndose por una modestia y un desprendimiento ejemplares incapáz de llevar una carga tan pesada. Mas cuanto mayor fué su resistencia, tanto mas digno se le juzgó de lo que no apetecia; y como era nacido en Roma y habia ido pasando sucesivamente por todos los puestos de la Iglesia, le conocian perfectamente los que le habian elegido. Novacia-

no fué el único que se declaró contra la eleccion, movido de una ambicion que no tenia límites, aunque la sabia ocultar con destreza, y escitado por las sugestiones del turbulento Novato. El ambicioso Novaciano gozaba justamente de una grande reputacion de elocuente y de docto, y no fué difícil á su adulador persuadirle que era manifesta la injusticia que se habia cometido contra él no eligiéndole. Al fin, estos dos malos sacerdotes, aunándose en sentimientos é intereses, comenzaron á sembrar las mas atroces calumnias contra Cornelio, para hacerle odioso á todo el mundo; y las colorearon con tal artificio que sorprendieron á un gran número de confesores, cuya autoridad era mirada como sagrada entre los cristianos. San Cipriano y los obispos de Africa, luego que recibieron la primera noticia de estas disensiones, enviaron á Roma dos de sus compañeros llamados Caldoneo y Fortunato, con encargo de si no podian componer tan triste desavenencia, que tomasen un exacto conocimiento de ella, y se instruyesen á fondo en el derecho respectivo de las partes, para que segun sus informes pudiera tomarse la resolucion mas conveniente. Pero la ambicion y artificios de Novaciano hicieron ilusorias todas estas tentativas; habia protestado siempre, y aun con juramento, que huia del episcopado; mas habia por otra parte